

# RELATOS viajeros

Recopilación de cuentos escritos  
por estudiantes de 7° grado



# RELATOS viajeros

Recopilación de cuentos escritos  
por estudiantes de 7° grado

**Jefe de Gobierno**

Jorge Macri

**Ministra de Educación**

Mercedes Miguel

**Jefa de Gabinete**

Lorena Aguirregomezcora

**Subsecretario de Planeamiento e Innovación Educativa**

Oscar Mauricio Ghillione

**Subsecretaria de Gestión del Aprendizaje**

Inés Cruzalegui

**Subsecretario de Gestión Económico Financiera y Administración de Recursos**

Ignacio José Curti

**Subsecretario de Tecnología Educativa**

Ignacio Manuel Sanguinetti

**Directora de la Unidad de Evaluación Integral de la Calidad y Equidad Educativa**

Samanta Bonelli

**Directora General de Educación de Gestión Estatal**

Nancy Sorfo

**Directora General de Educación de Gestión Privada**

Nora Ruth Lima

**Gerente Operativo de Innovación y Contenidos Educativos:** Mariela Caputo  
**Coordinador Plan de Lectura y Escritura BA:** Santiago Santillán

**Edición:** Ramón Paez (Plan de Lectura y Escritura BA)

**Diseño y diagramación:** Silvana Carretero (Plan de Lectura y Escritura BA)

ISBN: En trámite

© Gobierno de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires / Ministerio de Educación / Subsecretaría de Planeamiento e Innovación Educativa / Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, 2024.  
Carlos H. Perette y Calle 10, s/n. - C1063 - Barrio 31 - Retiro - Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

**Distribución gratuita. Prohibida su venta.**

# Palabras de bienvenida

Hay viajes que comienzan con una palabra, con una curiosidad, con una hoja en blanco que se convierte, de a poco, en un universo nuevo. Esta antología es justamente eso: un viaje y una celebración.

Estudiantes de 7° grado de escuelas de nuestra Ciudad se animaron a escribir historias que exploran mundos desconocidos, trenes que aparecen donde nadie los espera, amistades que ponen a prueba la valentía y paisajes que mezclan realidad y fantasía. Son relatos que invitan a preguntarnos, a descubrir y a leer con el corazón abierto.

Siento un orgullo enorme al ver cómo nuestros estudiantes ponen en juego su creatividad, el pensamiento crítico y la capacidad de construir sentidos propios. Esta obra es un ejemplo vivo de lo que impulsamos desde el programa Buenos Aires Aprende: escuelas que despiertan pasión por aprender, que potencian el talento, y que ofrecen oportunidades para que cada estudiante encuentre su voz.

Aquí, cada cuento importa, estas historias forman parte de esta antología porque cada una aporta un punto de vista original, una emoción, una mirada que enriquece la experiencia lectora. En cada página hay esfuerzo, imaginación, humor, misterio, y un pedacito de quienes las escribieron.

A los estudiantes: gracias por animarse. Por no quedarse con la primera idea y permitir que la creación avance, cambie, sorprenda. La literatura es también un espacio para ser valientes, para viajar sin moverse y para encontrarse con otras personas a través de las palabras.

A los docentes: gracias por acompañar con sensibilidad y profesionalismo, por proponer desafíos y sostener procesos. La escritura en la escuela es una puerta que ustedes ayudan a abrir.

A las familias y equipos directivos: gracias por creer que la cultura y la educación se construyen juntos.

Al equipo de Plan de Lectura y Escritura BA de la Gerencia Operativa de Innovación y Contenidos Educativos, por potenciar estos espacios con la gran capacidad humana y profesional que poseen.

Deseo que esta antología sea un recuerdo, una inspiración y, sobre todo, un punto de inicio. Que sigan escribiendo, leyendo, imaginando... Que sigan moviendo el mundo con ideas.

Porque cuando la educación se encuentra con la creatividad, se encienden futuros.

Con enorme admiración y cariño, Marie.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Mariela Caputo'. The signature is fluid and cursive, with a large initial 'M' and a period at the end.

Mariela Caputo

**Gerente Operativo de Innovación  
y Contenidos Educativos**

# Presentación

*“Porque el lenguaje,  
nos dijo entonces sin decirnos,  
no solo nombra el mundo: lo inaugura.  
No solo lo describe: lo funda.”*

**Galileo Bodoc**

Desde tiempos remotos, los viajes han sido una oportunidad para contar una historia, para explorar el lenguaje y compartir así distintas maneras de habitar el mundo. “El viaje” en la literatura es una posibilidad para explorar lo desconocido, desafiar las leyes del tiempo, desarmar lo cotidiano.

Desde el Plan de Lectura y Escritura BA invitamos a todos los estudiantes de séptimo grado a embarcarse en la aventura de escribir un cuento en el que se incluyera un viaje que resultara trascendental en el desarrollo de la historia. En esta antología reunimos los doce cuentos finalistas del concurso **“Relatos viajeros”**.

Cada uno de los cuentos es una invitación a habitar los viajes de un modo diferente, transitando la potencialidad creativa de sus autores. Aquí podrán leer:

**“El viaje al corazón de la ciudad”** describe con minuciosa ternura una salida escolar, la historia de un niño conmovido por conocer el centro de su ciudad. Un cuento que permite al lector habitar cada una de las emociones que atraviesan los personajes.

**“El tren de las 11:11”**, un encuentro fortuito que puede cambiar el destino de sus protagonistas. ¿Acaso una historia de amor? Un cuento que juega entre lo dicho y lo sugerido.

En **“Travesía hacia el Fin del Mundo”** un viaje al sur se convierte lentamente en un paisaje apocalíptico, un lugar conocido “convertido en un mundo irreconocible”.

**“Game over”**, un relato que invita a habitar un mundo diferente, que no resiste las leyes de la lógica a la que estamos acostumbrados. Un *arcade* que guarda su historia, un niño que aprenderá de su propio reflejo.

**“La torre de ecos de la muerte”**, un cuento profundamente metafórico, capaz de crear un mundo fantástico único. *“Naram, hijo de pastores, nació durante una tormenta de arena. Su madre aseguraba que el viento lo había marcado, pues desde niño decía escuchar cosas que los demás no oían.”* Un viaje por el desierto, un umbral invisible, un llamado.

En **“Viaje en gota”** el lector podrá por un ratito recorrer con la imaginación el trayecto de una gota que se resiste a dejar de caer.

**“El tren que no salía en los mapas”**, un viaje fuera del tiempo y el espacio, una invitación a mirar con otros ojos la manera en la que vivimos y habitamos nuestro mundo.

En **“Las vacaciones”** una invitación recibida con gran entusiasmo puede transformarse en una experiencia terrorífica cuando el viaje resulta no ser lo que parece.

En **“El tren del último amanecer”** el sol se apaga literal y metafóricamente. Un cuento que da lugar a la melancolía con un personaje que *“solo se sentía un pasajero ausente”* de su propia vida.

**“Viaje al Pueblo Olvidado”** adentra al lector en un lugar sombrío, donde el misterio se encuentra agazapado. Dos amigos que tendrán que vivir *“con la sombra del viaje”* que los acompaña.

“**Pelaje ártico**” un cuento sobre una profunda amistad entre un zorro y una niña. Un viaje peligroso que se impone a través de un paisaje cruelmente frío resulta ser el único camino para salvar a la protagonista.

En “**El viaje de los recuerdos**” una experiencia inaugural para una niña, como viajar sola por primera vez, se transforma en un cuento fantástico que permite al lector transitar los recuerdos de la protagonista y acompañarla en el trayecto.

En la presente edición, el concurso de escritura “Relatos viajeros” tuvo el honor de contar con un jurado integrado por notables autores: Sebastián Vargas, Marina Elberger y Cucho Cuño. Ellos fueron quienes leyeron los cuentos finalistas que habían sido preseleccionados por el equipo del Plan de Lectura y Escritura BA. Luego de deliberar, el jurado eligió los tres relatos ganadores:

1° puesto: **Las vacaciones**

Autora: **Jafif, Camila Sol**

**Instituto Ana María Janer**

2° puesto: **El viaje al corazón de la ciudad**

Autor: **Paiva Salina, Maximiliano Ariel**

**Escuela N° 19 D.E. 19**

3° puesto: **Viaje en gota**

Autor: **Insaurrealde, Damián**

**Escuela N° 12 D.E. 19**

Mención del jurado: **El tren del último amanecer**

Autora: **Meza Gutiérrez, Martina**

**Escuela N° 14 D.E. 9**

Mención del jurado: **Viaje al Pueblo Olvidado**

Autora: **Sosa Moreno, Lola**

**Escuela N° 9 D.E. 20**

Desde el Plan de Lectura y Escritura BA agradecemos la participación de todas las escuelas, el apoyo de los docentes y, especialmente, a los chicos y chicas de 7° grado que contaron historias de viajes. ¡Los alentamos a seguir escribiendo sobre otros temas que los entusiasmen!

## **Plan de Lectura y Escritura BA**

# Jurado notable

## Cucho Cuño



Hernán, conocido como Cucho, nació en Buenos Aires en 1972. Es ilustrador, escritor y autor integral de literatura infantil. Desde hace más de dos décadas crea mundos donde conviven el humor, la ternura y la extrañeza.

*“Como ilustrador, creo que toda historia late antes de ser dibujada. Ilustrar, para mí, es ampliar el territorio del relato, abrirle puertas nuevas y dejar que los lectores entren por donde menos lo esperan”.*

## Marina Elberger



Nació en 1973, en Buenos Aires. Es licenciada en Ciencias de la Educación, trabaja como pedagoga y coordina talleres de escritura literaria. Publicó varios libros para niños y adultos y participó en antologías de cuentos y ensayos.

*“Me gusta leer, cantar, caminar en la naturaleza, escuchar música, viajar. Me encanta también escuchar y que me cuenten anécdotas que me inspiran para escribir relatos”.*

## Sebastián Vargas



Nació en 1974, en Buenos Aires. Es profesor de Castellano, Literatura y Latín, y trabaja desde hace muchos años como editor, corrector y traductor. Estudió varios idiomas y tradujo diversas obras literarias del alemán, inglés, francés y chino.

*“Me gusta leer, escuchar música, jugar al ajedrez, ver películas. También corro, participé en varias maratonnes y ultramaratonnes (y siempre llegué)”.*

# RELATOS viajeros



## Índice



<u>El viaje al corazón de la ciudad</u>	<b>13</b>
<u>El tren de las 11:11</u>	<b>17</b>
<u>Travesía hacia el Fin del Mundo</u>	<b>19</b>
<u>Game over</u>	<b>23</b>
<u>La torre de los ecos de la muerte</u>	<b>27</b>
<u>Viaje en gota</u>	<b>34</b>
<u>El tren que no salía en los mapas</u>	<b>36</b>
<u>Las vacaciones</u>	<b>40</b>
<u>El tren del último amanecer</u>	<b>44</b>
<u>Viaje al Pueblo Olvidado</u>	<b>47</b>
<u>Pelaje ártico</u>	<b>52</b>
<u>El viaje de los recuerdos</u>	<b>55</b>
<u>Agradecimientos</u>	<b>58</b>



## El viaje al corazón de la ciudad

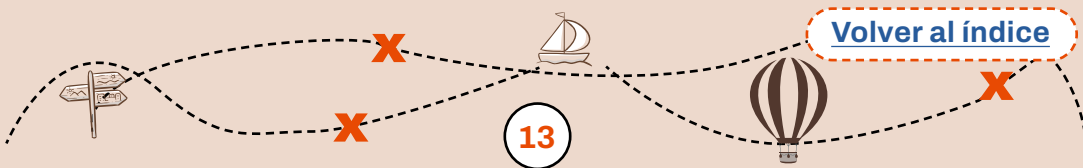
Nadie en séptimo grado durmió bien la noche anterior. Algunos se quedaron preparando la ropa “linda” que usaban solo en los actos, otros planchando la remera del viaje, y varios, que no tenían remera nueva, igual se acostaron tarde de la emoción. Iban a conocer el Obelisco.

Desde el barrio hasta el centro había más de una hora de viaje, pero a esa edad el tiempo se medía distinto. Para ellos era como ir a otro país. Era “ir a Capital”, aunque en el mapa fuera la misma ciudad.

A las siete de la mañana, los chicos se amontonaban frente a la escuela. Algunos padres los despedían con un mate en la mano. Otros desde la vereda haciendo señas. “Cuidate, eh. No te vayas a perder”, gritaban. El micro llegó tarde, como siempre. Viejo, con los asientos rotos y el cartel de “Excursión Escolar” medio despegado, pero para ellos era un crucero.

El maestro subió primero para controlar la lista. Tenía esa mezcla de entusiasmo y miedo que solo conocen los docentes de primaria en las salidas. “No se me separen, no griten, no coman arriba del micro”, dijo. A los tres minutos ya estaban gritando, separándose y comiendo papas fritas.

El viaje empezó entre canciones y risas. Desde la ventana se veía cómo las casas bajas del barrio se iban volviendo edificios cada



vez más altos. Algunos chicos nunca habían ido tan lejos. Gonzalo, por ejemplo, no conocía más allá del puente que separaba su zona del resto de la ciudad. “Mirá, ¡un McDonald’s!”, gritó como si hubiera visto una jirafa.

En el asiento del fondo, Yanina y Sofi trataban de hacerse una selfie, pero el camino estaba lleno de pozos y todas las fotos salían movidas. Kevin, el más charlatán del grupo, llevaba una bolsa llena de sanguchitos que su abuela le había preparado. “Por si no alcanza la vianda”, decía y ofrecía a todos como si fuera mozo.

Cuando por fin el micro dobló en 9 de Julio, hubo un silencio. Era raro: los chicos de séptimo nunca se callaban. Pero ahí estaba, al frente, el Obelisco. Alto, brillante con el sol de la mañana, más grande de lo que cualquiera hubiera imaginado.

—¡Es re alto! —dijo Tamara.

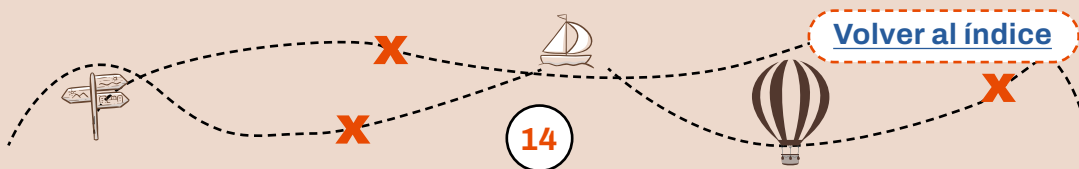
—¿Y cómo lo hicieron? —preguntó otro.

—Con magia —respondió Kevin, que no sabía, pero igual opinaba.

El maestro los hizo bajar en fila. Algunos tocaban el piso como si hubieran llegado a otro continente. Una nena dijo que era el día más lindo de su vida. Otra preguntó si se podía entrar al Obelisco. Cuando le dijeron que no, igual posó para la foto como si lo estuviera abrazando.

Sacaron fotos grupales, individuales, de a tres, de a cinco. Una señora que pasaba les preguntó de dónde venían. “De Soldati” respondieron los chicos y la señora les sonrió con ternura.

Después caminaron un rato por la avenida. Algunos se quejaban del calor, otros del hambre. El maestro intentaba mantener la calma, mientras trataba de que nadie cruzara sin mirar. En un kiosco com-



praron helados. Gonzalo pidió uno de chocolate y se le cayó al piso a los dos minutos. “No importa, ya lo probé”, dijo, y se rieron todos.

Cuando pasaron por el Teatro Colón, una nena preguntó si ahí vivía alguien. “No, es un teatro”, explicó el maestro. “Ah... pero parece un castillo”, dijo ella y los demás asintieron. Para muchos, ese edificio era lo más elegante que habían visto jamás.

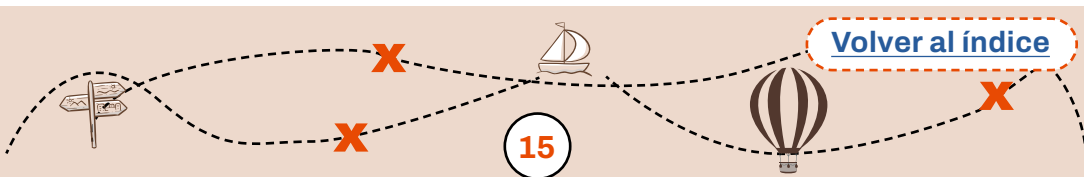
El almuerzo fue en la Plaza de la República. Sentados en el pasto, compartieron sanguches, gaseosas y risas. Uno de los chicos sacó una pelota y empezaron a jugar hasta que una señora en traje casi termina con un pelotazo. “¡Perdón, señora!”, gritaron todos y ella levantó la mano como perdonándolos a regañadientes.

A la tarde, subieron otra vez al micro. El maestro pasó lista de nuevo, aunque ya los conocía tan bien que podía hacerlo sin mirar. El viaje de vuelta fue más tranquilo. Algunos dormían, otros miraban por la ventana.

Gonzalo seguía con los ojos abiertos. Miraba cómo el centro se iba achicando, como los edificios quedaban atrás y las casas volvían a aparecer. No quería olvidarse de nada: ni del ruido de los autos, ni del olor de las pizzerías, ni del momento en que vio el Obelisco por primera vez.

Al llegar a la escuela los esperaban los padres, cansados de trabajar pero sonrientes. “¿Y? ¿Qué tal fue?”, preguntaban. Y los chicos hablaban todos al mismo tiempo: que el Obelisco, que el helado, que el micro, que la señora del traje, que la foto.

Antes de irse, el maestro los reunió en ronda. “¿Vieron? No hay lugares imposibles”, les dijo. “A veces están más cerca de lo que pensamos.”



Esa noche, en su casa, Gonzalo se quedó mirando la única foto que le habían impreso en la escuela. Era él, con el Obelisco detrás y una sonrisa enorme, de esas que no entran del todo en la cara.

Guardó la foto en una caja de cartón, junto con un boleto del colectivo y un envoltorio de helado. No sabía bien por qué, pero sentía que tenía que conservarlo todo.

Porque ese día (aunque no lo dijera en voz alta) había sentido algo nuevo. Algo parecido a la felicidad, o a la esperanza. O tal vez a las dos cosas juntas.

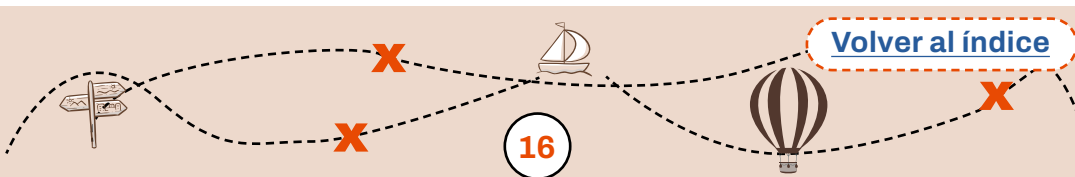
Y aunque el Obelisco quedara lejos, cada vez que pasara por la esquina de su casa y viera el reflejo del sol sobre el vidrio de un colectivo, iba a acordarse de que, por un día entero, él y sus amigos habían estado en el corazón de la ciudad.

Y que ese corazón también podía ser un poco suyo.



**Autor: Paiva Salina, Maximiliano Ariel**

Escuela N° 19 D.E. 19



## El tren de las 11:11

Clara odiaba los trenes. Le recordaban despedidas, estaciones frías y relojes que marcaban la hora en la que alguien no volvió. Pero esa noche, sin saber por qué, subió al tren de las 11:11 rumbo a una ciudad que ni siquiera conocía. Quizá solo quería huir de todo.

El vagón estaba casi vacío, salvo por un chico dormido con los auriculares puestos y una libreta sobre las rodillas. En la tapa decía: “cosas que quiero hacer antes de que se acabe el año”. Clara no pudo evitar leer una línea: “Ver el amanecer con alguien que no conozca mi pasado”

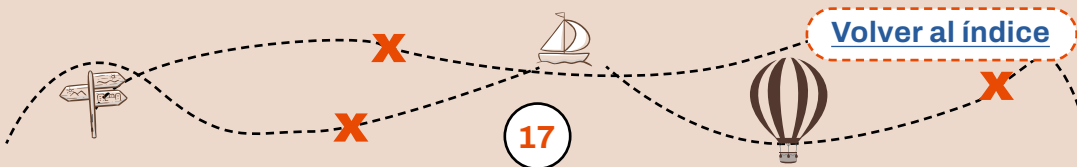
El tren se movió y él despertó justo cuando ella intentaba mirar hacia otro lado.

—¿Te gusta leer listas ajenas? —preguntó con una sonrisa divertida.

—Solo cuando están tan cerca —respondió ella, sonrojada.

Se llamaba Adrián. Hablaron como si el reloj se hubiera detenido. Hablaron de los miedos, de las ciudades que ninguno conocía, de lo que duele quedarse quieto demasiado tiempo. Afuera, la lluvia golpeaba los cristales y dentro, el mundo se sentía pequeño y cálido.

En una parada, las luces parpadearon y el tren se detuvo en mitad de la nada. Sin señal, sin explicación, Adrián abrió su libreta y le dijo:



—Tú también escribe algo en mi lista.

Clara pensó un momento y escribió: “Encontrar algo que no planeé”.

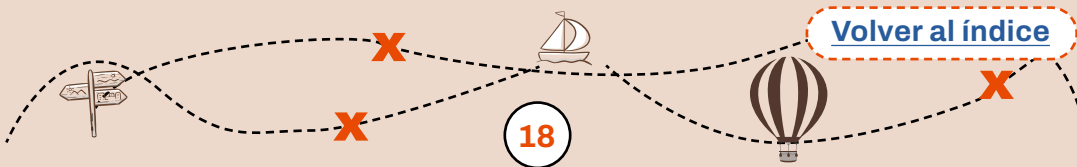
Minutos después, el tren volvió a andar, como si el universo hubiera esperado que terminara la frase. Llegaron al amanecer a una estación desconocida y sin pensarlo, bajaron juntos. No tenían destino, solo ganas.

Años más tarde, Clara seguía viajando, pero ya no sola. En cada estación buscaban el reloj que marcara las 11:11, porque sabían que a veces la suerte también toma el tren.



**Autoras:** Lozada, Alexia y Romero, Liz

Escuela N° 19 D.E. 21



## Travesía hacia el Fin del Mundo

Ya se hacía de noche y el termo para el mate estaba vacío. Pablo y Carla ya habían salido hacía cinco horas de Bariloche con rumbo a Ushuaia, dejando atrás las cumbres del cerro Catedral y el brillo del lago Nahuel Huapi. La travesía hacia el “fin del mundo” les parecía el viaje perfecto para celebrar sus cincuenta años de casados.

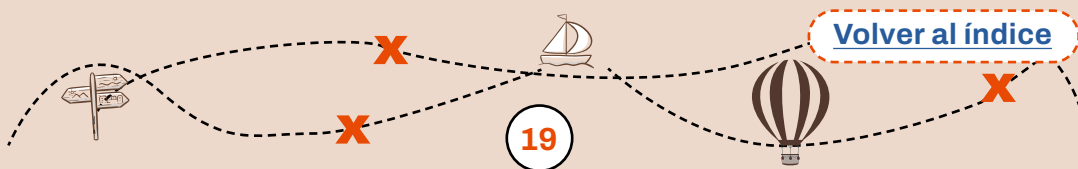
Tras los primeros trescientos kilómetros de viaje decidieron hacer una parada en Esquel. La ciudad los esperaba envuelta en una neblina baja y las luces amarillas de los postes titilaban como si dudaran en mantenerse encendidas. Con el auto ya a cuarenta kilómetros por hora, vieron un cartel medio torcido que decía “La Madriguera”, una hostería junto a la ruta, vieja pero acogedora, perfecta para un descanso.

Los recibió una mujer con una sonrisa amable, aunque su mirada les transmitió cierta preocupación. Los condujo al mostrador, tomó una llave del tablero —entre todas las que colgaban— y les asignó la habitación en suite. Pablo y Carla, rendidos del viaje, no notaron que eran los únicos en el lugar. Mientras firmaban el registro, la mujer empezó a hablar sin que nadie le preguntara, en voz baja y temblorosa: —En la radio dicen que ya nos vamos, que todo va a cambiar... Radio Nacional no para de decirlo, toda la tarde estuvieron repitiéndolo...

Pablo levantó la vista, confundido.

—¿A dónde se van? —preguntó.

La mujer sonrió apenas.



—Todos nos vamos. Ya lo van a saber —dijo, y les entregó la llave.

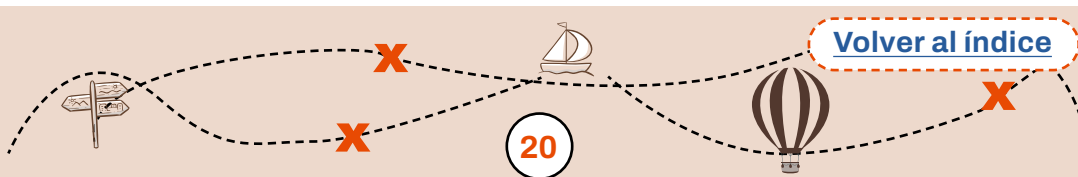
A la mañana siguiente el cielo amaneció despejado. La mujer los despidió con una bolsa de facturas y un termo de agua caliente para el mate. Les deseó buen viaje y, mientras el auto se alejaba por la ruta, la radio del auto volvió a funcionar. Una voz clara, de Radio Nacional, decía: “Ya estamos en camino. Falta poco para que todo cambie”. Carla y Pablo se miraron en silencio, y siguieron su rumbo hacia el sur.

Retomaron su viaje por la Ruta 40 con una parada especial, el lugar donde Pablo le propuso matrimonio a Carla a los veinticinco años, el Glaciar Perito Moreno. Pablo sabía que la visita al glaciar sería una gran sorpresa para Carla, que no se la esperaba. El viaje fue tranquilo y ligero, la estepa se desplegaba a ambos lados, amplia y silenciosa, y el viento parecía arrastrar consigo toda la calma de la Patagonia. Hacia el atardecer, tras otras seis horas de viaje, notaron algo extraño.

En plena puesta del sol, el cielo empezaba a cambiar de color, pero no era gradual como un atardecer, lleno de naranjas, celestes y rosas, era tan rápido, tan fugaz, que parecía un parpadeo. Un instante era verde, al siguiente violeta, y enseguida naranja otra vez, para luego volver al ocaso. El tramo era casi rectilíneo, sin un solo auto a la vista. Pablo y Carla dudaban si estaban viendo aquello, tan irreal, o si era un truco de la luz, del viento o de su imaginación.

Pablo y Carla llegaron al Glaciar Perito Moreno. Pero lo que los recibió no era el imponente muro de hielo que recordaban de fotos y recuerdos: el glaciar estaba completamente derretido.

El agua se había acumulado en lagunas que se habían desbordado, cubriendo los senderos y los miradores. El sonido que lle-



gaba hasta ellos era un murmullo constante de corrientes y pequeñas cascadas. Pablo bajó del auto y se acercó con cautela. Sus botas se hundían en el barro húmedo mientras observaba los restos de hielo dispersos. Carla se quedó a su lado, temblando un poco, no del frío, sino de la impresión de estar viendo algo que no deberían: un lugar que conocían convertido en un mundo irreconocible.

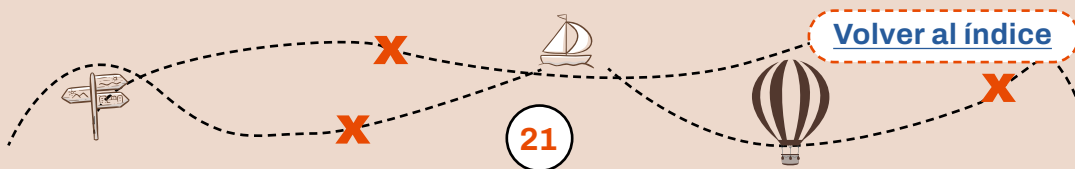
—No... esto no puede ser —susurró Pablo—. ¿Qué pasó?

Carla lo tomó del brazo y miró a su alrededor. El reflejo del cielo en el agua inundada cambiaba de verde a violeta, luego naranja, y nuevamente azul intenso. Era tan rápido, tan momentáneo, que les daba la sensación de que el tiempo se estaba restaurando en cada parpadeo.

No había turistas, no había guías, no había senderos señalizados. El lugar estaba vacío y silencioso, Pablo y Carla se miraron y, sin palabras, entendieron que su viaje ya no era solo un recorrido por la Patagonia, sino por un mundo que se desdoblaba frente a sus ojos, un lugar donde la realidad se podía romper y reconstruir en segundos.

Sin saber qué más podía llegar a pasar, siguieron su viaje que se extendía como un camino sin fin, lleno de dudas y de asfalto vacío.

Los kilómetros aumentaban y parecía que un hecho como lo del glaciar era algo aislado. Hasta que los deslumbró el fuego y las llamas que aparecieron de la nada hacia los lados en la estepa. Con seguridad, Pablo aceleró y atravesó el fuego hasta dejar atrás el susto. Más adelante, como si se pasara de la luz a la oscuridad, el cielo se cubrió por una nube de miles de aves que se movían en sentido contrario a ellos, como si huyeran de algo invisible. Carla apretó la mano de Pablo, y él simplemente asintió. Ninguno decía nada; sabían que solo



seguir adelante era la única manera de atravesar ese paisaje que ya no pertenecía a la Patagonia que recordaban.

Al llegar a Ushuaia, Pablo y Carla encontraron la ciudad desierta, calles y muelles suspendidos en un silencio irreal. En la ciudad, se escuchaba la alarma de evacuación.

Aparentemente habían sido alertados los habitantes el día anterior, porque parecía congelada en el tiempo. Se acercaron a un bar que había quedado una radio que susurraba un mensaje imposible: la Tierra se había acercado al Sol, y Ushuaia sería el primer lugar en sentir los efectos.

Ellos, aislados en la Ruta 40, eran testigos únicos. El cielo brillaba con colores que desafiaban toda lógica, mientras la radiación doblaba el aire y hacía temblar el mundo. Algunos árboles, postes y lanchas se encontraban sumergidos en los lagos desbordados por la vibración de la Tierra.

La radio continuaba y les explicaban que sería temporal: si la Tierra sobrevivía, emergería luego como satélite de un gigantesco planeta desconocido en otra galaxia, todo efecto de estar siendo arrastrados por un agujero negro que devoraba su vía láctea. Imposible procesar aquella información. Sin nada más que hacer, pensar o decir, se tomaron de la mano, respirando entre miedo y asombro.

Al final, si habían llegado al fin del mundo... o al comienzo de uno nuevo.



**Autora: Rucki, Tamara Sabrina**

Instituto San Ramón Nonato

[Volver al índice](#)

## Game over

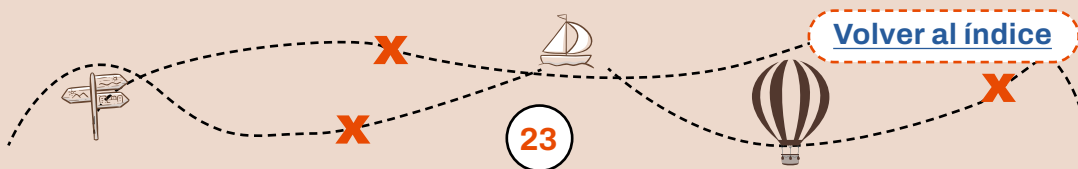
Después de una merienda con sus amigos, Samuel, de apenas catorce años, no podía sacarse de la cabeza un pensamiento en específico, una idea que lo venía acosando sin cesar desde hacía semanas. En el centro, existía un *arcade* del cuál su padre relataba magníficos recuerdos, como si una parte de su memoria se hubiera quedado ahí.

—Sammy, era especial. Estaba lejos de ser solo un juego —decía con convicción y una sonrisa lejana su padre.

Luego del encuentro estuvo tratando de convencer insistentemente a uno de sus amigos, Juan, de ir al intrigante lugar: “solo un rato”, prometió sin conocimiento del peso de lo que decía.

Tomaron el colectivo que los dejaba allí. El viaje fue largo. El sol marcaba una tarde cálida, casi melancólica; tal vez era el clima, quizás su ánimo, pero estaba seguro de que no iba a ser cualquier día, sabía que significaría mucho en su vida, ya sea para bien o para mal, se cuestionaba recostado contra la ventana. Por el contrario, Juan jugaba despreocupado en su consola portátil.

Al bajar quedaron sin palabras por lo viejo que se veía el lugar. El cartel del *arcade* pendía de unos cuantos clavos oxidados, las paredes tenían moho y en las calles sucias había múltiples escombros esparcidos y vidrios tirados.



—Uh, se ve medio... raro, ¿seguro que querés entrar? — preguntó Juan desconfiado, mientras miraba despectivamente el lugar.

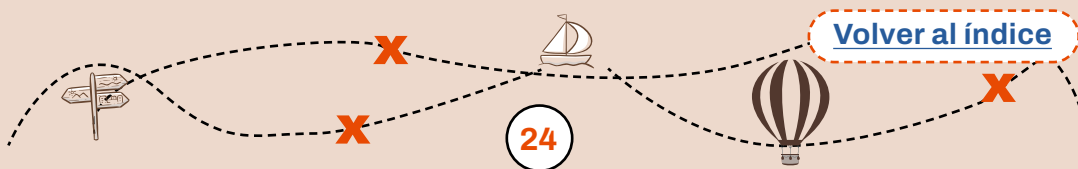
—Sí, estoy muy seguro— Afirmó Samuel, muy determinado. No se iba a dejar llevar por esa vaga impresión, él confiaba ciegamente en el criterio de su padre.

Empujaron las puertas; se veía igual de deplorable que el exterior, el denso silencio ambientaba el lugar. Decenas de máquinas apagadas cubiertas de polvo, otras sin botones, otras con pantallas rotas, pero en medio de la penumbra resaltaba una, que brillaba con una luz tenue pero persistente. En la parte superior se encontraba la leyenda: “Game over”.

—Mírala, parece intacta— Señaló Juan un poco más emocionado.

—Juan, ¡A esa jugaba mi papá! No puede ser, es como que hubiera estado veinte años congelada en el tiempo.

Ambos corrieron hacía la máquina en cuestión, maravillados. Apenas pudieron insertaron una moneda de veinticinco centavos perdida en el bolsillo de Samuel, en ese instante el suelo pareció desvanecerse bajo sus pies, un torbellino de luces los envolvió, a la par de un sonido ensordecedor. Ya no estaban en el anticuado centro, divisaban un bosque pixelado, una ciudad futurista y un sol cuadrado que alumbraba el paisaje con una luz de neón artificial. Antes de que pudieran hacer preguntas, emergieron lobos de ojos rojos entre los árboles. Eran jóvenes, pero estaban confiados, para su corta edad tenían una gran trayectoria jugando diversos videojuegos. Corrían, saltaban, esquivaban, superaban obstáculos, se apoyaban mutuamente; pero cada desafío se tornaba más complejo, la línea entre lo real y lo digital se desdibujaba. Sentían cansancio, dolor, pesadez.



Atravesaron un bosque, una cueva, un castillo, hasta llegar un acantilado. El sol se asomaba para irse y una voz sin cuerpo susurró:

—Nadie sale del juego sin pagar el precio.

Samuel sintió el mundo detenerse, percibió que su propia vida era parte del juego, que tanto su amigo como él podían morir. Pero no tuvo tiempo de lamentarse, emergieron del suelo copias de ellos, tenían ojos de un color violeta oscuro y muecas de desprecio.

—Soy lo que escondes —dijo la copia de Samuel.

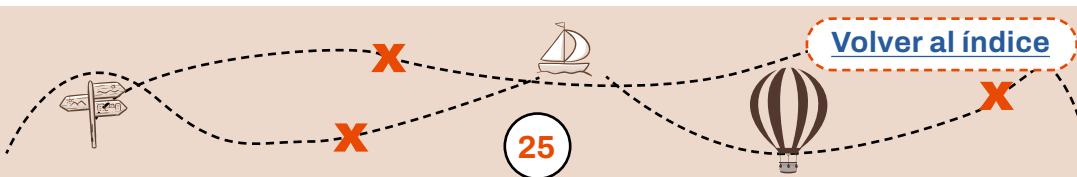
Samuel dudo de sí, nunca lo había considerado así, pero se sintió un cobarde. A su lado, estaba Juan, temeroso, enfrentándose a sus inseguridades: a un Juan miedoso, siempre a la sombra de los demás.

Sin más, la batalla había empezado, no eran golpes físicos, no, eran ataques emocionales rasguñando los lugares más incógnitos de sus seres. Samuel recordaba momentos en los que había sido injusto, arrogante, mentiroso. Pero, poco a poco, comprendió que no tenían que destruir, tenía que aceptar.

—No eres un monstruo, eres parte de mi pasado, pero ya no tienes lugar dentro de mí —gritó entre lágrimas Samuel.

Todo pareció intensificarse, su copia brillaba con intensidad, pero poco a poco fue apagándose, el reflejo se desvanecía con una neblina dorada. Juan hizo lo mismo, entendió que eso no lo definía como persona, era mucho más que la sombra de alguien más.

De pronto, el sol reapareció más resplandeciente que nunca. La voz anunció:



—Game over.

El mundo digital se desvaneció y una ráfaga de viento los envolvió. Al abrir los ojos, regresaron al *arcade*, las luces parpadeaban débilmente, la máquina seguía encendida de forma estable. Ambos se miraron, no tenían que hablar para comprender la madurez que habían ganado y todo lo que habían enfrentado juntos.

Al salir del edificio, notaron que ya había oscurecido, un anochecer espectacular que finalizaba ese gran día que tuvieron. Estaban en el mismo lugar, pero ya no eran los mismos, se dieron cuenta que sus más grandes enemigos no eran personajes de un juego, si no ellos mismos y que a veces hay que presionar el botón y atreverse a jugar.

En definitiva, Sammy había generado un gran recuerdo, al igual que su padre, y ahora sería él quién tendría una larga historia que contar.

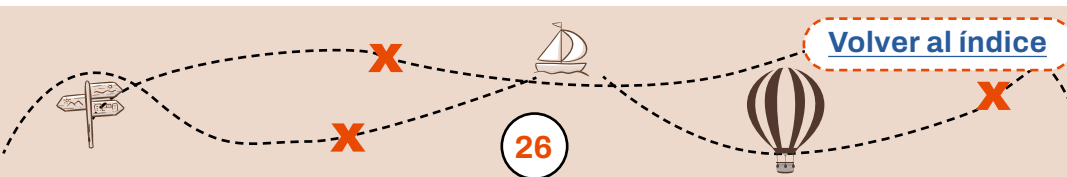
**Autores:**

Aliendre Perez, Isabella Victoria

Balado Molina, Kiara Camille

Tonelli Lobos, Alexia

Instituto San Ramón Nonato



# La torre de los ecos de la muerte

## Capítulo I – El Llamado del Viento

El desierto dormía bajo un cielo de cobre.

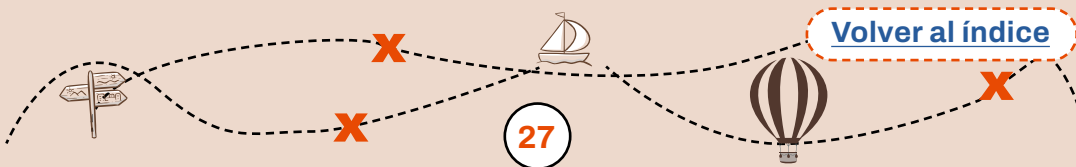
A la distancia, las montañas parecían espinas negras que herían el horizonte. El aire estaba quieto, salvo por un susurro que corría entre las dunas, un sonido antiguo, casi humano.

Decían los ancianos que cuando el viento hablaba, los muertos respondían.

Naram, hijo de pastores, nació durante una tormenta de arena. Su madre aseguraba que el viento lo había marcado, pues desde niño decía escuchar cosas que los demás no oían. A veces se detenía en mitad de la noche y afirmaba que alguien lo llamaba por su nombre desde el interior de la tierra.

La vida en la aldea de Ur-Namtar era dura. El agua escaseaba, y las caravanas traían más noticias de guerras que de comercio. Pero Naram había aprendido a moverse por el desierto como si fuera parte de él: conocía la música del aire, el ritmo de las dunas, el silencio de las tumbas.

Una noche, mientras custodiaba las sepulturas reales al pie de las colinas, el viento cambió. Dejó de ser un murmullo y se convirtió en un tambor lejano.



Tum... tum... tum...

Un compás lento, repetido, como un corazón que no quería morir.

El muchacho miró hacia el oeste, hacia donde la arena se había tragado al sol. Allí, en la distancia, vio una luz que no era fuego ni estrella. Un resplandor inmóvil, flotando sobre la nada.

El anciano sacerdote Asur-Nin, su maestro, le había hablado de ese signo:

*“Cuando el cielo encienda una llama que no arde, sabrás que la Torre despierta. Ningún hombre debe buscarla, pues quien la encuentra oye el eco de su muerte.”*

Naram, sin embargo, sintió el impulso de avanzar.

El tambor seguía sonando dentro de su pecho, y el viento —su eterno compañero— parecía empujarlo hacia el oeste.

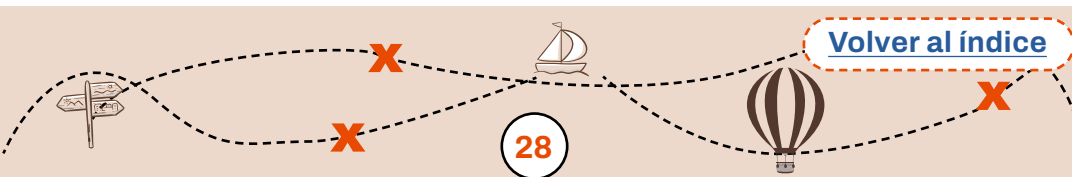
Partió antes del amanecer, llevando solo una vasija de agua, un cuchillo de bronce y una piedra con la marca de su familia. Caminó tres días. El sol lo quemó, la sed lo atormentó, pero el sonido no cesaba.

En la cuarta noche, halló una columna de basalto cubierta de signos desconocidos.

Cuando la tocó, la piedra vibró.

Y entonces la oyó:

—Naram... vuelve.



El aire se volvió denso. De la arena surgió una figura envuelta en un velo oscuro. Su rostro no tenía rasgos, solo dos ojos rojos como brasas.

—Has sido llamado —dijo la aparición—. La Torre aguarda.

Antes de que pudiera responder, la figura se deshizo en polvo.

Y más allá, entre las dunas, apareció algo imposible: Una torre negra, sin ventanas ni reflejo, erguida donde antes solo había desierto.

El viento calló.

Y Naram comprendió que había cruzado un umbral invisible.

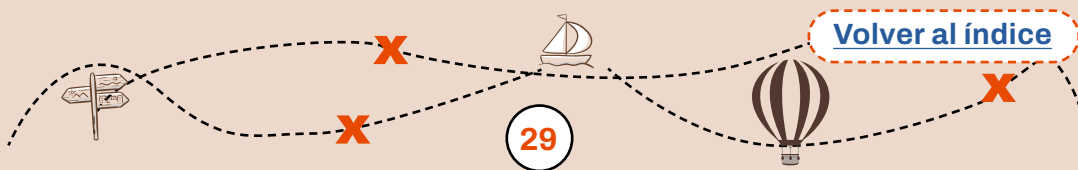
## Capítulo II – La Puerta de los Lamentos

El camino hacia la torre fue un viaje por el sueño y la muerte.

A cada paso, la arena cambiaba de color: del dorado al gris, del gris al rojo. Los huesos de animales desconocidos asomaban bajo la superficie, y los cuervos —aves que nunca se veían en el desierto— lo observaban desde las alturas.

La base de la torre era tan vasta que el horizonte se curvaba alrededor de ella. No proyectaba sombra, aunque la luna llena colgaba sobre su cima. La puerta era una losa inmensa de basalto, sin juntas visibles, cubierta de inscripciones que parecían moverse cuando uno las miraba demasiado tiempo.

Naram posó la mano sobre la piedra, y la puerta gimió.



Un sonido profundo, casi humano, llenó el aire, y la losa se abrió sin ayuda.

El interior exhaló un aliento helado.

Dentro no había escaleras ni pasillos: solo una espiral de piedra suspendida en la oscuridad.

Las paredes estaban cubiertas de ojos tallados que parecían seguirlo. Cada paso que daba producía un eco diferente, como si cada piedra tuviera su propio recuerdo.

—Esto no es obra de hombres —susurró Naram, aunque nadie podía oírlo.

Subió con cautela. A veces creía sentir pasos detrás de él, pero al girarse solo encontraba vacío.

En uno de los niveles, el aire comenzó a brillar con un resplandor azul. Allí, en medio de la nada, había una cámara circular con un altar. Sobre él, una urna polvorienta y un pergamino de piel humana.

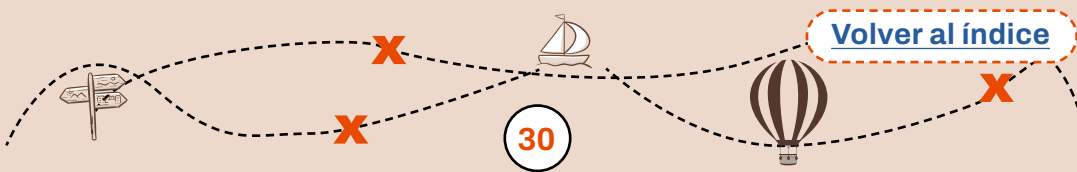
Naram se inclinó y leyó lo imposible. Las letras cambiaban, pero su mente las comprendía.

*“Quien ascienda por la espiral escuchará los ecos de su muerte. Cada paso es un recuerdo, cada voz, un fragmento del alma.”*

El guardián sintió un frío recorrerle la espalda.

Abrió la urna y halló ceniza, un cabello, y un diente humano.

Entonces un grito desgarró el silencio.



Venía desde arriba.

El eco descendió por la torre como una ola.

Y con él, una voz que lo llamó: —Tu muerte ya fue escrita, Naram.

El fuego azul se extinguió. La oscuridad lo envolvió.

Y por primera vez, el muchacho sintió miedo del viento.

### Capítulo III – El Rostro del Eco

Subió sin descanso, sin saber cuánto tiempo había pasado. La espiral parecía interminable, pero la voz lo guiaba, repitiendo su nombre como un conjuro.

A veces creía ver sombras ascendiendo a su lado, figuras traslúcidas que no tenían rostro.

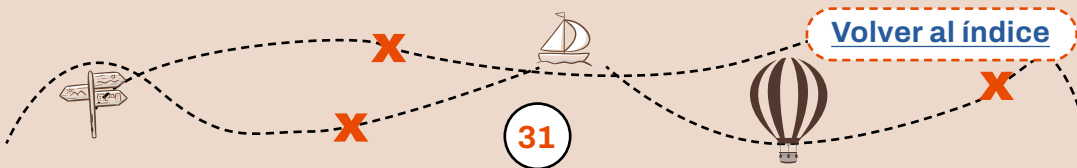
Cada eco que escuchaba era distinto: algunos parecían su propia voz, otros eran risas, lamentos, cantos funerarios.

Al llegar a la cima, halló un círculo de piedra abierto al cielo.

En el centro, la mujer del velo oscuro lo esperaba.

—¿Quién eres? —preguntó Naram, jadeando.

—Soy la que oye lo que los dioses callan —respondió ella—. Soy la memoria que vive en los ecos.



Extendió una mano. En su palma había una esfera de obsidiana, donde giraban luces diminutas como estrellas atrapadas.

—Dentro de esta piedra está tu destino —dijo la mujer—. Pero si miras, perderás tu nombre.

—¿Mi nombre?

—El viento solo recuerda a los que olvidan quiénes son.

Naram dudó, pero algo dentro de él —una fuerza más vieja que el miedo— lo impulsó a aceptar.

Tomó la esfera. Al contacto, esta se quebró, y un resplandor lo envolvió.

Vio ejércitos marchando sobre ríos de sangre.

Vio ciudades ardiendo, templos devorados por el desierto.

Vio su propio cuerpo siendo enterrado, una y otra vez, bajo distintos nombres.

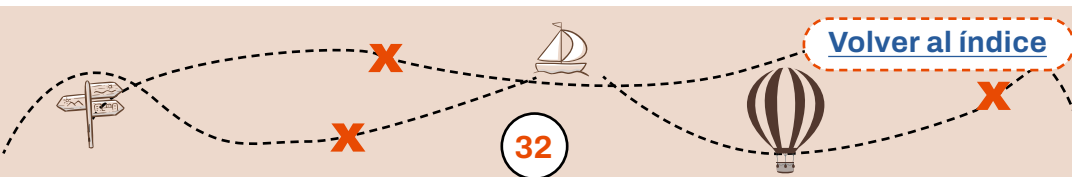
Y entonces comprendió:

La Torre no era un lugar, sino un ciclo.

Una prisión del tiempo.

Un punto donde el pasado y el futuro se tocan, y cada vida es solo un eco de otra.

El suelo tembló. El cielo se abrió como una herida.



La mujer del velo lo miró una última vez.

—Tu eco aún no ha terminado. Despierta, guardián.

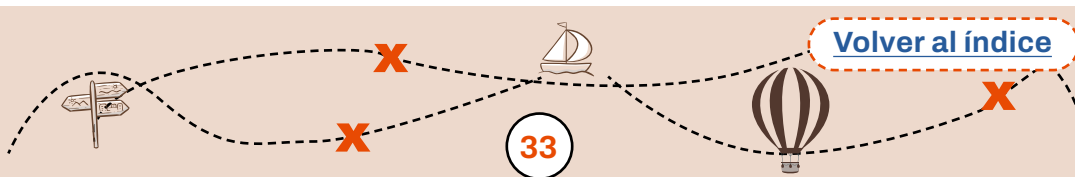
El mundo se fracturó en mil fragmentos de luz.

Y Naram cayó en el abismo, hacia un tiempo que aún no existía.



**Autor:** Parseghian, Felipe

Escuela N° 8 D.E. 6



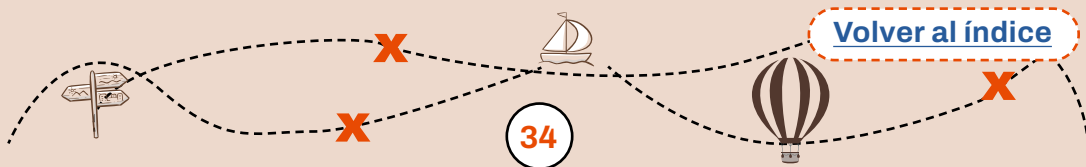
## Viaje en gota

Llamé a un plomero para que arreglara una canilla de esas que por más que uno la aprieta con todas sus fuerzas nunca logra cerrarse del todo. Mientras esperaba, observé cómo la canilla continuaba perdiendo agua y me puse a pensar en el recorrido que hace cada gota de agua.

Una gota cae al desagüe de la bacha, se desliza por las paredes de la misma. Pasa por el sifón, ahí se encuentra con unas gotas que se acumulan por la pérdida para luego caer a la cañería que recorre toda la cancha del club hasta salir a la calle. Mientras arriba en la cancha corren una pelota, patinan, se encuentra un mundo.

Por debajo de la calle Santo Domingo continúa su recorrido la gota y sus compañeras gotas que recorren toda la calle hasta la avenida Amancio Alcorta. Mientras fluye el tránsito por encima, camiones, autos y bicicletas. En Amancio se siguen sumando gotas y continúan camino hasta encontrarse con otras gotas más que provienen del hospital Francisco Javier Muñiz siguiendo por la calle Brandsen con todo su tráfico encima.

La gota de la canilla del club Riachuelo Jr. continúa viaje con otras gotas por avenida Regimiento de Patricios hasta doblar por la avenida Martín García. Bajan más gotas de una estación de servicio, un gran conjunto de gotas que doblan por Montes de Oca.

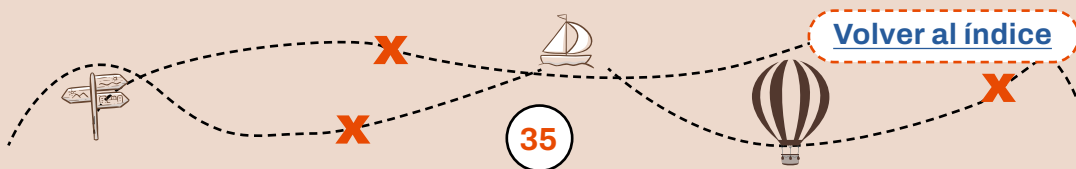


El mundo arriba circula sin pensar que pasa abajo. Gotas de agua que se encuentran para continuar camino por la calle Brandsen para girar por Herrera, seguir doblando por avenida Suarez y por el pasaje Calma y llegar hasta el punto en donde las gotas dejan de ser gotas para ser otra cosa más grande.



**Autor:** Insaurralde, Damián

Escuela N° 12 D.E. 19



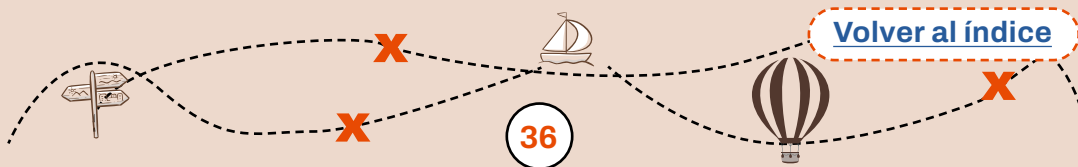
## El tren que no salía en los mapas

Maliah nunca había sido de quedarse con la primera respuesta. Cuando algo le llamaba la atención, sentía esa curiosidad incontrolable que le empujaba a investigar más allá. Así fue como escuchó, casi de casualidad, una historia que le dejaría pensando durante semanas: la de un tren misterioso que partía desde una estación olvidada en el Barrio de Barracas.

—Ese tren no figura en los mapas —le había dicho su abuelo, con un brillo en los ojos—. Aparece cada tanto, siempre a la misma hora. Lleva a los que se atreven a subir lugares que no se pueden explicar con palabras.

Maliah no sabía si creerle. Podría ser una leyenda inventada para entretenerla, pero algo en el tono del abuelo le hizo pensar que no estaba bromeando. Así que un viernes a la tarde, después de la escuela, en lugar de volver directamente a casa decidió caminar hasta aquella estación olvidada.

El andén estaba cubierto de polvo y de hierbas que crecían entre las grietas. Los viejos carteles apenas se podían leer y las vías parecían oxidadas de no usarse hacía décadas. Sin embargo, Maliah no se movió. Se quedó esperando. Y entonces ocurrió. A las seis en punto, un silbato agudo rompió el silencio. De pronto, una neblina cubrió todas las vías y apareció un tren antiguo, con vagones de maderas y faroles amarillentos que iluminaban como luciérnagas. Maliah sintió que el corazón se le salía del pecho. Sin pensarlo demasiado, dio un



paso adelante y subió. Dentro el ambiente era aún más extraño.

Los pasajeros no se parecían entre sí, había una niña con uniforme escolar de los años 50, un chico que llevaba en las manos un dispositivo futurista que ella no reconocía, un joven con sombrero de copa como salido del siglo XIX y lo más sorprendente, era que nadie parecía asombrado de la situación.

Una señora con un sombrero ancho y guantes de encaje le sonrió y le dijo:

—Bienvenida viajera, este es el tren que cruza en el tiempo.

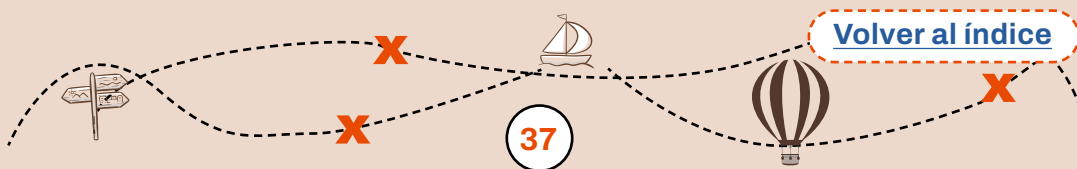
Maliah no pudo articular ninguna palabra. El tren arrancó y la aventura empezó con un sacudón.

### Primera Parada: el pasado

El tren se detuvo en una estación que parecía sacada de un libro de historia. Afuera, los tranvías recorrían las calles y la gente usaba ropa antigua. Maliah salió y caminó unos minutos por la ciudad que había sido Buenos Aires, pero que era muy distinto a la que conocía, más tranquila, con faroles en las esquinas y vendedores ambulantes ofreciendo diarios y flores.

Una niña con trenzas, la misma que había visto en el tren, la tomó de la mano.

—Acá todavía no existen los celulares ni la televisión a color— le dijo sonriéndole—. Pero jugamos a la rayuela en la vereda, eso nunca pasa de moda.



Maliah comprendió que ese viaje no era solo un recorrido por lugares, sino también maneras distintas de vivir.

### Segunda Parada: el futuro

El tren silbó otra vez y partió. Esta vez llegó a una estación brillante, con paredes de cristal y autos voladores en el cielo. La gente usaba la ropa plateada y se movían en patines que flotaban. Maliah estaba fascinada. El chico con el dispositivo futurista le mostró una pantalla que proyectaba hologramas.

—Acá los libros se leen en el aire y las clases son en cualquier parte del mundo, con solo pensarlo.

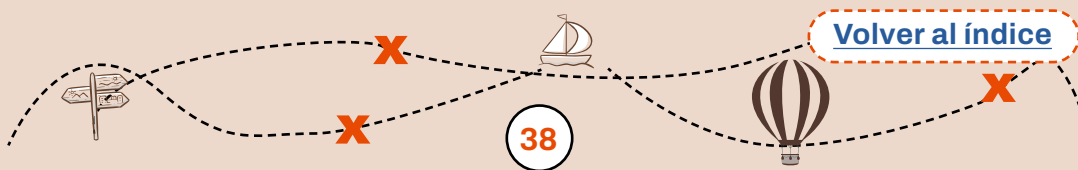
Maliah sonrió, pero también sintió algo extraño, con tanta tecnología, la gente parecía hablar menos entre sí.

### Tercera Parada: la naturaleza perdida

El tren viajó una vez más y se detuvo frente a una playa. El mar era tan azul y limpio que el reflejo de Maliah se podía observar. Maliah caminó hacia la orilla y metió los pies en el agua cristalina. Allí conoció a un joven pescador que le contó que, en ese lugar, la naturaleza todavía no había sido contaminada.

—Este viaje te muestra lo que fue, lo que puede ser y lo que todavía está en riesgo de perderse —le dijo.

Al regreso, el tren la devolvió a la estación de Barracas. El andén seguía cubierto de polvo y hierba, las vías estaban oxidadas igual que antes. Pero Maliah ya no era la misma. Había recorrido siglos en apenas una hora y había aprendido algo que jamás olvidaría. Viajar no



siempre significa cambiar de lugar. A veces significa cambiar la forma en que miramos al mundo.

Esa noche, al llegar a casa, el abuelo la miró con complicidad.

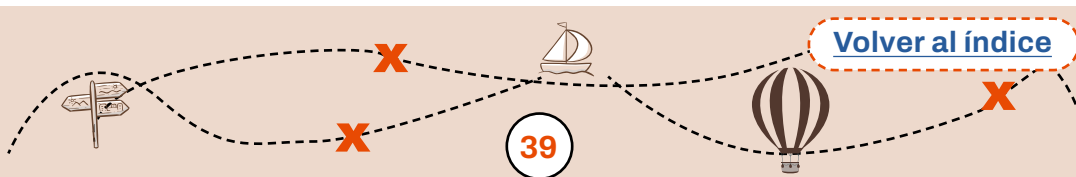
—Ya lo viste, ¿verdad? —preguntó el abuelo. Maliah no respondió, solo sonrió y desde entonces, cada vez que escuchaba un silbato de tren a la distancia, guarda la esperanza de volver a subirse al que no aparece en los mapas.

**Autoras:**

Ibañez, Alma Dominique

Chavez Calvachi, Alizze Collin

Instituto Ana María Janer



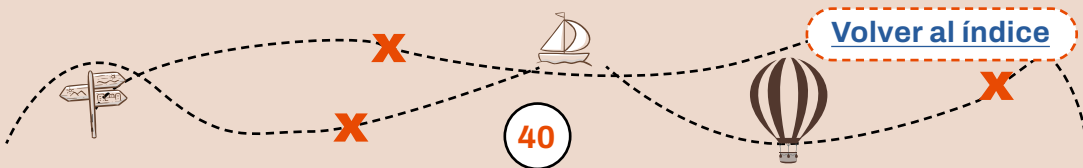
# Las vacaciones

Desde que soy chiquita tuve una mejor amiga, Alma. La conozco prácticamente desde que somos bebés y siempre hicimos todo juntas. Cuando llegamos a sexto grado nos cambiaron de colegio, ya que Alma se había mudado a un barrio un poco lejos de acá, pero no dejamos que eso nos separe del todo. Nos juntábamos cada vez que podíamos y tratábamos de hablar todos los días.

Cuando llegamos a primer año, supongo que la secundaria y todo lo nuevo que nos rodeaba nos agobió un poco, y nos distanciamos ligeramente. Ella siempre estaba conmigo, tanto en las buenas como en las malas, y supongo que yo también estaba para ella, o al menos eso creo.

Cuando llegó el verano, todos mis amigos de mi colegio se habían ido de vacaciones, por lo que generalmente yo me quedaba en mi casa, jugando con mi hermano con la computadora o tirada en el piso de mi jardín mirando el cielo. No puedo negar que me aburría un poco, pero no tenía nada mejor que hacer, por lo que esa era mi diversión diaria hasta que llegó ese mensaje.

Una tarde que parecía bastante aburrida y gris, Alma me escribió el siguiente mensaje:



Alma: Hola Martu!! Che, no querés venir a pasar dos semanas en Córdoba con mis viejos?? Nosotros te pasamos a buscar en auto el 14, ¿te parece?

Ese mensaje me hizo la tarde, estaba tan feliz de que nos íbamos a volver a buscar que casi no podía creerlo. Mis papás accedieron a la propuesta, y con Alma nos pusimos a pensar y hacer listas de las muchas actividades que haríamos en Córdoba. Pasaron los días y finalmente el 14 llegó. Estaba muy emocionada, pero no me había imaginado que mi mamá me despertaría a las cuatro de la mañana.

— Dale Martina, levántate. La familia de tu amiga ya está afuera. —Dijo mi mamá con una cara de sueño terrible, pareciendo bastante malhumorada.

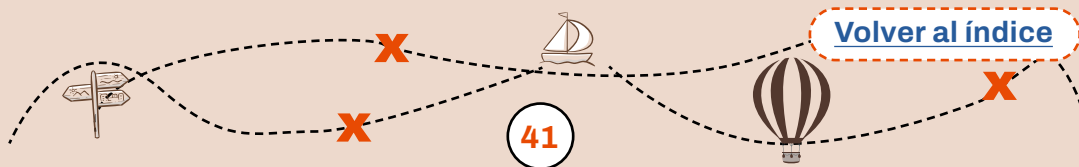
— ¿Qué? ¿No iban a venir a las siete? — Murmuré con los párpados aún pesados al ver el pequeño reloj que tenía en mi mesita de luz.

— Ya lo sé, pero parece que les gusta adelantarse un poco...

Me levanté y me desperté lo más rápido que pude, antes de mirar por la ventana y ver que, efectivamente, el auto de la familia de Alma estaba ahí. Me arreglé lo más rápido que pude, agarré mis cosas y bajé las escaleras. Cuando vi a Alma, parecía más... extraña, como más vacía.

— ¡Hola, Marti! ¡Cuánto tiempo! —dijo y me abrazó, a lo que lo correspondí.

— Sí... Cuánto tiempo. — Dije un poco incómoda, antes de ver a los papás de Alma, sonriendo de manera algo escalofriante.



Alma y yo entramos en el auto y el papá de Alma puso mi mochila en el baúl. Nos quedamos hablando, del secundario, de nuestros nuevos amigos y de la vida en general. Entraron los papás de Alma al auto y empezaron a conducir. Las breves conversaciones que teníamos con Alma eran bastante incómodas, sumadas las miradas de desaprobación de su madre, creo que nunca le caí bien.

—Y... ¿Qué tal el secundario? — Dijo el papá de Alma, que era diez veces más simpático que la madre.

—Todo bien, creo. — Dije y me encogí de hombros, con cierto deje de indiferencia. El hombre soltó una risa y siguió conduciendo.

Las horas pasaban y ya se tornaba un poco aburrido mirar por la ventana, por lo que decidí echarme una siesta. Puse la cabeza en el vidrio de la ventana del coche y cerré los ojos. No pasó mucho tiempo para que me quedara completamente dormida. Cuando me desperté, aún seguía sin amanecer, pero todos estaban callados, en silencio. Agarré mi teléfono y miré la hora: 7AM. Me volteé a ver a Alma, tenía una sonrisa... extraña, parecía casi inhumana, casi terrorífica.

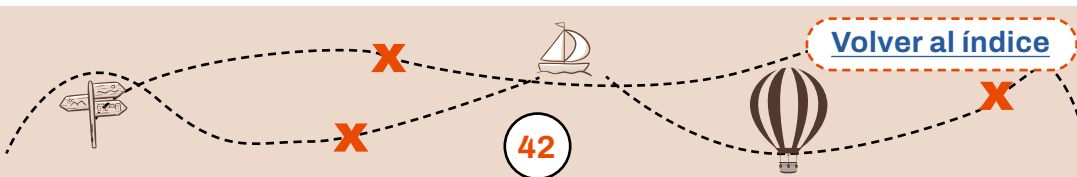
—¿Pasa algo Almu? — Dije sin poder demostrar cierta preocupación.

—No, ¿por?

—Nada...

De repente, sentí mi celular vibrar, así que lo encendí y...

—¿Qué...? — Murmuré para mí misma, sorprendida. La notificación era un mensaje de... ¿Alma?



Alma: Estoy abajo Mar, bajás o te toco timbre???

Me quedé tiesa. Alma no estaba usando su celular. Miré hacia adelante y vi los ojos de los padres de Alma... o de lo que parecía ser Alma. Ambos estaban sonrientes, demasiado sonrientes, ni siquiera sabía si un humano normal podría sonreír así. Miré a Alma y su rostro estaba completamente deformado, esa figura extraña se acercaba más y más...

¡¡¡BIP, BIP, BIP!!!

—Martina, levántate, ya llegó tu amiga.

—¿Eh?

—¡Vamos, arriba!

Todo había sido un... ¿sueño?



**Autora: Jafif, Camila Sol**  
Instituto Ana María Janer

[Volver al índice](#)

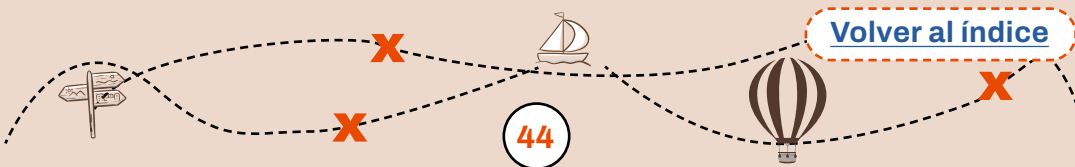
## El tren del último amanecer

Taro caminaba por las calles de Tokio con los hombros caídos, sintiendo que cada paso pesaba más que el anterior. La ciudad seguía viva, con luces parpadeando en los edificios y el murmullo constante del tránsito. Pero para él todo eso había perdido color. Sus días se habían vuelto un ciclo de rutina silenciosa: despertarse, ir al trabajo, volver a casa, mirar el techo y preguntarse qué sentido tiene todo. El mundo seguía girando, y él solo se sentía un pasajero ausente.

Un día, llegaron noticias que se propagaron como un susurro que no podía ignorar: el sol, fuente de toda la vida, se estaba apagando. Científicos, gobiernos y medios lo anunciaban. Nadie sabía con certeza cuánto tiempo quedaba, pero Taro sintió, extrañamente, una especie de alivio en el caos: ya no había necesidad de pretender esperanza; todo estaba decidido.

Junto a esas noticias, llegó un anuncio que parecía un eco entre la multitud: un tren que llevaría a los pasajeros a ver un último amanecer. Sin pensarlo demasiado, Taro decidió ir. Dejó atrás sus pendientes, sus excusas y cualquier vértigo de obligación. Camino hacia la estación anunciada, cargando consigo solo un maletín vacío de expectativas y un corazón resignado.

Cuando subió al tren, el ambiente lo sorprendió. Algunos vagones vibraban de risas contenidas, otros con un silencio tan pesado que parecía absorber todo sonido. Taro eligió uno que le pareció tranquilo, donde la calma no incomodaba y se acomodó en un asiento



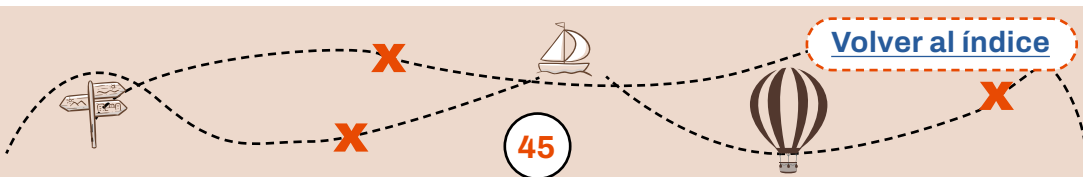
junto a la ventana. Nadie decía nada, todos parecían sumidos en sus propios recuerdos y pensamientos. Pero él podía sentir, vagamente, la presencia de sus emociones flotando en el aire.

El tren comenzó a moverse, la ciudad se convirtió en un borrón de luces que se desvanecía lentamente. La primera estación se acercaba: “El amanecer”. Bebés bajaban de los vagones, sus risas puras, iluminando la penumbra como un rayo tímido de esperanza, Taro los observó un instante desde la ventana, y sintió un calor extraño en el pecho, un recuerdo de lo que alguna vez fue alegría pura. Pero era solo un instante; la resignación volvió a su sitio.

El tren continuó y llegó a la próxima estación; “El atardecer”. Personas de todas las edades descendían, dejando atrás la plenitud de sus vidas, los momentos de logro y de pérdida. Taro cerró los ojos y sintió como la melancolía se enredaba con cada latido; cada estación era un espejo de lo que había sido y de lo que sería. Todo transcurría con calma, pero con un peso que aplastaba suavemente su espíritu.

Finalmente, alcanzó la última estación, “El anochecer”, y el último amanecer. Esperaba un espectáculo grandioso, un portal dorado que le arrebatara el aliento, pero encontró un lugar común, sencillo y mundano. Un paisaje cualquiera, con tierra, algunos árboles y un cielo apenas iluminado por los últimos rayos de sol apagándose. Desesperado, se acerca a la mujer que atendía la estación. “Esto... ¿es el último amanecer? ¿así... simplemente?” Preguntó, con voz temblorosa.

Ella lo miró con calma, como si ya hubiera escuchado esa pregunta millones de veces. “Taro”, dijo suavemente, “la gente siempre imagina el final como algo espectacular, como un cuento de hadas. Pero la vida, al igual que este tren, no se trata del final. Se trata del trayecto. De lo que dejamos atrás, de lo que elegimos vivir mientras



avanzamos. El amanecer no tiene que ser grandioso; lo importante es que haya sido tuyo, aunque haya pasado sin que lo notaras”.

Taro se quedó en silencio. Miro alrededor, y por primera vez en mucho tiempo, permitió que la tristeza se asentará sin prisa, sin juicio. El fin del sol no le importaba tanto como el peso de sus propias horas vividas y de las que había decidido no vivir. Comprendió que su viaje no había sido sobre sentir, aunque fuera dolorosamente, cada momento que había transitado.

El tren dio un último suspiro metálico y partió nuevamente, llevándose consigo los recuerdos de todos los que habían elegido subir. Cada uno rumbo a su propia reflexión, hacia un final inevitable, pero lleno de trayectorias únicas. Y Taro, sentado en su vagón silencioso, por primera vez sintió que, aunque el mundo se extinguiera, cada instante había valido la pena, incluso en su melancolía infinita.



**Autora: Meza Gutiérrez, Martina**

Escuela N° 14 D.E. 9

[Volver al índice](#)

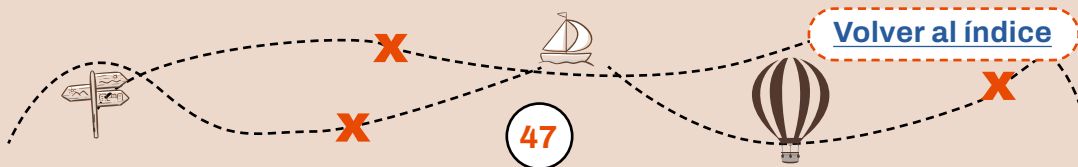
# El Viaje al Pueblo Olvidado

Todo empezó por una apuesta. Como casi siempre. Martín, mi mejor amigo, había encontrado en internet la foto de un pueblo que se llamaba Villa Sombra. Era un lugar perdido, sin señal de celular ni GPS, donde se suponía que un siglo atrás había habido una especie de accidente súper turbio y ahora estaba totalmente abandonado, o al menos eso decían las leyendas de la *Deep Web*. Yo soy Lucas, tengo trece (voy a 7mo, obvio) y me encantan estas cosas, pero lo de Villa Sombra sonaba demasiado a película de bajo presupuesto.

Martín me miró con esa sonrisa de desafío que no falla y dijo: “El que llegue, grabe un video de diez segundos desde la plaza central y vuelva sin vomitar de miedo, se lleva mi colección de *Funko Pop!* de terror, edición limitada”. ¿Cómo decir que no a eso?

Era un viernes de mediados de marzo, el final del verano, justo después de salir del colegio. El motivo del viaje era ese: la apuesta y la curiosidad de demostrar que éramos los más valientes. El clima era raro. Desde la mañana había una niebla densa, pegajosa y fría que no era normal. Era como si el cielo estuviera tapado con una sábana gris súper pesada. Y eso, lo admito, ya le daba un toque *creepy* a todo. La niebla seguro que iba a hacer el viaje más complicado y terrorífico.

Nos pusimos nuestras camperas más abrigadas (la de Martín de *The Walking Dead* y la mía de *Stranger Things*, obvio) y salimos a la ruta en la vieja camioneta de su tío, una Ford de los 90, medio des-



tartalada, pero que arrancaba. Martín manejaba (con permiso de sus padres, claro, no somos tan tarados).

El viaje se sintió eternamente largo. Lo que en el mapa eran tres horas, se convirtió en más de cinco. La camioneta se movía a los saltos, y la niebla, que al principio era como un efecto especial, se había transformado en una pared blanca y espesa que nos obligaba a ir muy despacio. No se veía nada, solo a veces las luces de la camioneta reflejadas en la bruma. Martín bromeaba con que estábamos en la película *Silent Hill*, pero su risa sonaba forzada.

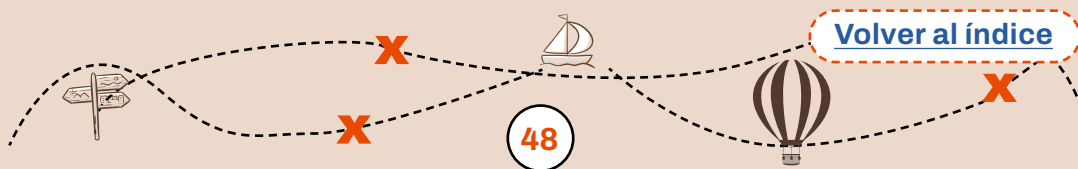
—Che, ¿cuánto falta? —le pregunté por quinta vez, sintiendo un escalofrío que no era solo por el frío. La temperatura había bajado un montón.

—Según el mapa de papel, que es lo único que sirve acá, ya deberíamos haber llegado —murmuró Martín, frotándose las manos—. No hay nada. Solo este camino de tierra.

Estábamos en el medio de ningún lugar, una ruta que se había vuelto un sendero de tierra y piedras. Era un viaje de un lugar a otro, pero sentíamos que estábamos viajando de un tiempo a otro, como si hubiéramos entrado en el pasado o en otra dimensión.

Empezamos a escuchar ruidos extraños. Primero, un golpeo rítmico, como si algo estuviera atascado en el motor, o peor, debajo de la camioneta. Martín detuvo el motor para escuchar mejor, y el silencio que siguió fue peor que el ruido. Era un silencio denso, sin pájaros, sin grillos, sin viento.

—Lo que está sucediendo es que nos perdimos, Lucas. Es obvio —dijo Martín, intentando sonar tranquilo. Pero yo podía ver cómo sus nudillos estaban blancos de apretar el volante.



—No, no solo estamos perdidos. Siento algo —le dije, y no era para asustarlo, era la verdad. Mi piel estaba de gallina.

De repente, la radio, que antes solo emitía estática, se encendió con un chirrido horrible y luego una voz muy baja y rasposa, como de una niña, dijo solo una palabra: “Vienen...”

Los conflictos se multiplicaron. Primero, la lucha de Martín por encontrar el camino. Segundo, la tensión entre nosotros. Yo quería volver. Él, por la apuesta y por el orgullo, quería seguir. Y tercero, el conflicto contra lo desconocido: ¿qué o quiénes eran “los que vienen”?

Martín aceleró, ignorando la voz y mi terror. Unos metros más adelante, una figura apareció en la carretera. Era una silueta alta, delgada, que parecía esperarnos. No se movía.

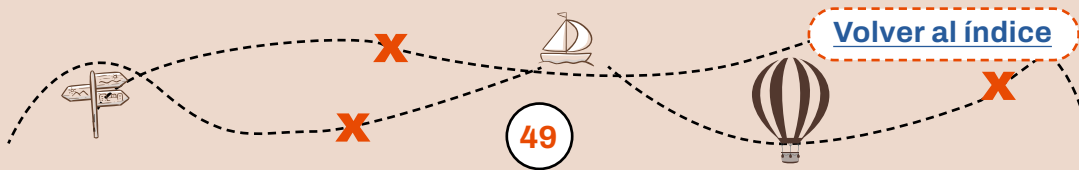
Martín pisó el freno de golpe, y la camioneta patinó. El golpeteo rítmico volvió, pero esta vez venía de detrás de la figura.

—¿Es una persona? —pregunté con un hilo de voz.

—No... no lo sé —respondió Martín, tartamudeando.

La figura se giró lentamente. No era una persona. Era una especie de espantapájaros alto, con la ropa desgarrada y una cabeza que parecía una vieja calabaza podrida, pero no era Halloween. Lo más aterrador fue cuando levantó un brazo huesudo y nos señaló.

Martín metió marcha atrás, sus ojos como platos, y pisó el acelerador a fondo. Dimos media vuelta y volvimos por el camino de tierra, a ciegas. La niebla seguía siendo una pesadilla. Dejamos de escuchar el golpeteo, pero el miedo se había quedado pegado a nosotros como la niebla al parabrisas.



Finalmente, el coche se detuvo. No por el motor, sino porque chocamos con algo. Era una vieja puerta de madera que parecía la entrada a un jardín abandonado, casi sepultada por la maleza.

—Creo que... creo que llegamos —dijo Martín, con voz hueca.

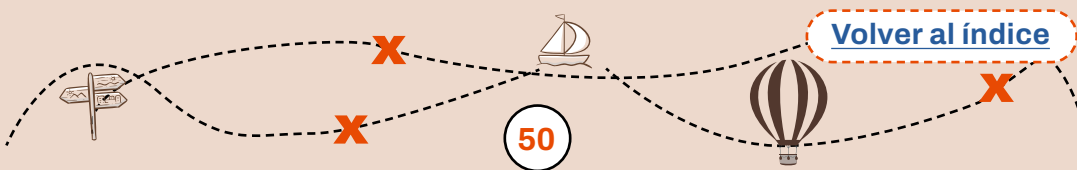
Estábamos en Villa Sombra. El pueblo no era como el de la foto vintage de internet. Era peor. Era una colección de casas grises, rotas, con ventanas ciegas. No había luces ni sonido, solo la niebla y el olor a tierra mojada y moho. Era un silencio de muerte.

¿Qué había pasado allí? El pueblo era la respuesta, o parte de ella. La sensación era que la cosa que nos persiguió era uno de los antiguos habitantes, que ahora eran una especie de guardianes malditos.

Martín sacó su celular, la pantalla encendiéndose como una linterna en la oscuridad, y lo apuntó hacia la plaza central, donde había una fuente seca y cubierta de musgo. Grabó el video, temblando. Diez segundos exactos.

Al terminar de grabar, el espantapájaros estaba justo detrás de la fuente, observándonos. Nos había seguido. Esta vez, la cabeza de calabaza se inclinó, como si nos diera las gracias por haber llegado. Salimos de allí como alma que lleva el diablo. Sin pensar en los Funko Pop!, sin pensar en nada.

¿Cambió algo? Absolutamente todo. Martín condujo el resto del camino en silencio, con los ojos fijos en la carretera. Yo no paraba de mirar por el espejo retrovisor, esperando ver la figura del espantapájaros en la niebla. Al llegar a la civilización, la niebla se disipó de golpe, como si hubiéramos cruzado una barrera invisible.

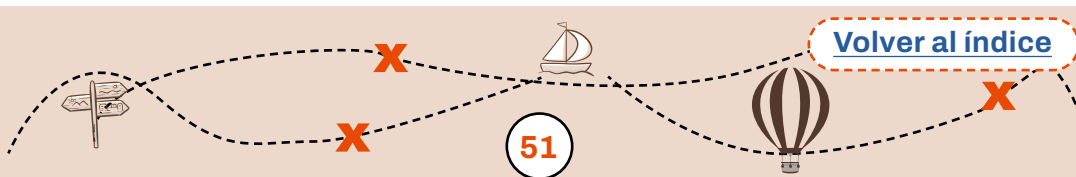


Martín no ha vuelto a mencionar la apuesta ni los *Funko Pop!* El video de diez segundos está en su celular, pero nunca lo hemos subido. A veces, en clase, si me mira, veo en sus ojos ese mismo miedo helado de cuando vio al espantapájaros en la plaza. Nos dimos cuenta de que la verdadera valentía no era ir, sino poder volver y tener que vivir con ese recuerdo. Ya no nos dan miedo las películas de terror. Lo que da miedo de verdad es saber que lo que hay en las historias a veces es real, y que no importa qué tan lejos huyas, la sombra del viaje te acompaña.



**Autora: Sosa Moreno, Lola**

Escuela N° 9 D.E. 20

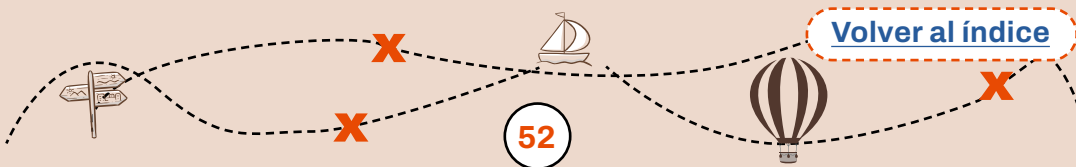


## Pelaje ártico

En el vasto y gélido lienzo de Alaska, donde las auroras boreales pintaban el cielo nocturno con sus danzas etéreas, vivía una niña llamada Alice. Su risa, antes tan melodiosa como el tintineo de campanillas en un día ventoso, se había apagado gradualmente, reemplazada por una tos seca y persistente que resonaba en las paredes de su pequeña cabaña. La enfermedad la había atrapado en sus garras heladas, y el invierno, que se cernía amenazante sobre el pueblo, parecía reflejar la fragilidad de su salud.

Para la Navidad, el único deseo de Alice, susurrado con voz apenas audible, era un amigo. Y su deseo, milagrosamente, se cumplió. Un pequeño bulto de nieve viviente, un zorro ártico de pelaje tan blanco como las cumbres nevadas, llegó a sus manos el 25 de diciembre. Lo llamó Blanco, y desde el primer instante, sus miradas se entrelazaron en un pacto silencioso de compañía y amor. Blanco, con sus ojos azules como esquirlas de hielo, se convirtió en la sombra de Alice, acurrucándose a sus pies en las noches frías, lamiendo sus manos pálidas con ternura, y observándola con una devoción inquebrantable.

Pero el tiempo, cruel e implacable, no se detuvo para Alice. La enfermedad avanzaba, minando su fuerza día tras día, mientras Blanco crecía, sus patas se volvían más fuertes, su pelaje más denso, preparándose para un mundo que Alice apenas podía enfrentar. El pueblo, aislado por la nieve y el frío, se encontraba cada vez más desprovisto de recursos. Los estantes de la única botica se vaciaban y la

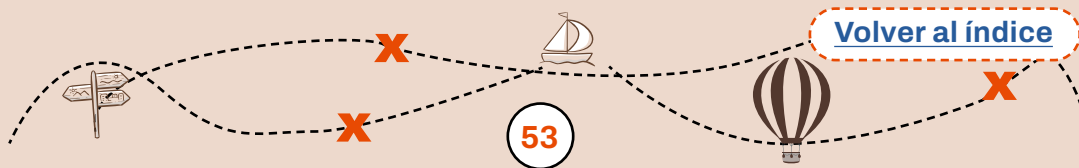


esperanza, como la luz del sol en el largo invierno ártico, comenzaba a menguar. Los medicamentos para Alice se habían agotado y la desesperación se apoderó de los corazones de sus seres queridos.

Ante la inminente amenaza de perder a su pequeña se tomó una decisión drástica: un viaje. Un grupo de los hombres más valientes del pueblo se preparó para la ardua travesía en busca de medicinas. Y con ellos, para sorpresa de muchos, enviaron a Blanco. La idea era que su agudo sentido del olfato y su resistencia al frío podrían ser de ayuda, y quizás, solo quizás, su presencia reconfortaría a Alice si lograban traer las medicinas a tiempo. El viaje, sin embargo, estaba plagado de peligros. El viento helado aullaba como lobos hambrientos, la nieve, en su furia descontrolada, creaba ventiscas que cegaban y desorientaban. El terreno, traicionero y oculto bajo el manto blanco, amenazaba con tragarse a los viajeros. Cruzaron ríos congelados que crujían bajo el peso de la carreta, esquivaron grietas profundas que se abrían como fauces en el hielo y se enfrentaron a manadas de lobos que merodeaban en la oscuridad, sus ojos brillando con una luz salvaje.

Finalmente, exhaustos, pero con una caja de medicinas a bordo, emprendieron el regreso. La esperanza renacía en el corazón del pueblo. Pero el destino, con su macabro sentido del humor, les tenía reservada una última y cruel sorpresa. Al acercarse a su hogar, una avalancha de nieve, una montaña de hielo y roca desprendida de las alturas se desató con una violencia aterradora. La carreta, sus ocupantes, todo fue engullido por la furia blanca. Blanco, con la agilidad innata de su especie, logró escapar por un milagro. El único sobreviviente de la catástrofe. Aferrado a su hocico, como un tesoro precioso, llevaba consigo una pequeña caja de madera, la única carga que pudo rescatar de las fauces de la avalancha.

Con la caja de medicinas en su poder, Blanco corrió. Corrió con la urgencia de un alma desesperada, sus patas blancas hundiéndose en la



nieve, su corazón latiendo al ritmo frenético de la esperanza y el miedo. Llegó al hospital del pueblo, a la sala donde Alice yacía. Pero al entrar, un silencio sepulcral lo recibió. La cama estaba vacía, el aire cargado de la ausencia. Un susurro helado le llegó al oído: Alice había partido. Había fallecido, su pequeña luz extinguida antes de que las medicinas pudieran alcanzarla.

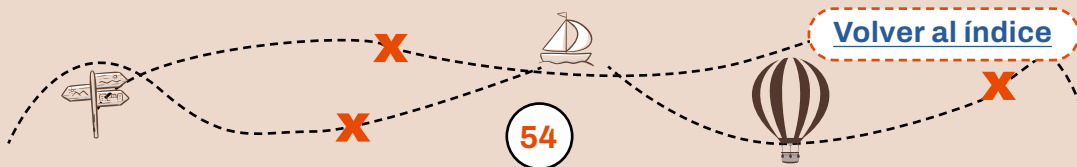
El propósito de Blanco, su única razón de ser en ese viaje se había desvanecido en la nada. La caja de medicinas, ahora inútil, se sintió pesada en su hocico. La desolación lo invadió, un frío que iba más allá del clima ártico. Había fallado. Había perdido a su Alice. Con un gemido lastimero que se perdió en el viento Blanco se dio la vuelta. Miró una última vez hacia el pueblo, hacia el lugar donde su corazón había residido. Luego, con la mirada perdida, se adentró en el bosque helado. Sus huellas blancas se desvanecieron en la inmensidad blanca y el zorro ártico, el fiel compañero, desapareció para siempre en la soledad del invierno, llevándose consigo el eco de una risa apagada y el peso de un amor que el hielo no pudo congelar, pero la muerte sí pudo apagar.

**Autoras:**

Agapito Kaupert, María Sol

Martínez Holak, Julia

Instituto San Ramón Nonato



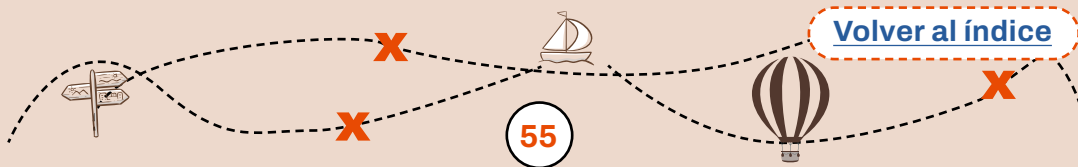
## El viaje de los recuerdos

Era un día muy importante en la vida de Lila. No era un día cualquiera, sino uno de esos que se recuerdan mucho tiempo después, aunque parezcan simples.

Por primera vez iba a viajar sola en subte. Había hecho ese recorrido muchas veces, siempre acompañada de su mamá, su papá o su abuela. Conocía cada estación, cada pasillo con carteles y murales, cada sonido de las puertas que se cerraban y el chirrido de los vagones al frenar. Pero esta vez algo era distinto: esta vez, iba sola.

El viaje sería desde su casa hasta la casa de su abuela, en la otra punta de la ciudad. Desde que se despertó, Lila sintió una mezcla de emoción y nervios. Había preparado su mochila la noche anterior, revisando mil veces que no le faltara nada: el pase del subte, un libro, un paquete de galletitas y el celular cargado “por las dudas”. Su mamá le había dado muchos consejos: “No hables con extraños”, “no te distraigas”, “bajate en la estación correcta”, “avisame cuando llegues”. Lila los recordaba todos, y aun así no podía evitar sentir esa mezcla rara entre orgullo y miedo.

Justo al entrar a la estación el subte llegó con su clásico viento caliente y un sonido finito que hizo vibrar el suelo. Subió al primer vagón, tal como su mamá le había indicado. Tuvo suerte: había un asiento libre junto a la ventana. Se sentó y apoyó su mochila en las piernas. A su lado, una mamá con una nena pequeña le sonrió. La nena, que



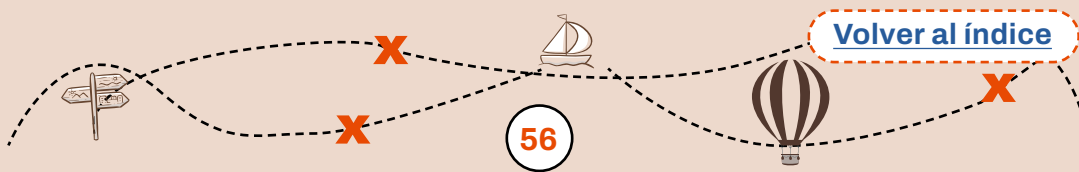
tendría unos cuatro años, jugaba con una muñeca que se le caía cada tanto. Lila la observó y recordó sus primeros viajes, cuando también iba de la mano de su mamá, haciendo mil preguntas.

El tren arrancó con un pequeño sacudón, y las luces del túnel comenzaron a pasar como líneas veloces. Lila se miró en el reflejo de la ventana. Por un momento creyó ver algo extraño. La imagen que la miraba desde el vidrio no era la de ahora. Era ella misma, pero más chica, con dos trenzas y una mochila rosa. La niña reflejada sonreía, feliz. Lila parpadeó, confundida. El reflejo cambió, y vio otra versión de sí misma, un poco más grande, con el pelo suelto y una sonrisa manchada de harina, cocinando galletitas con su abuela.

El corazón de Lila dio un salto. No sabía si lo estaba imaginando o si el subte tenía algo mágico. Cada vez que el tren se detenía, la ventana le mostraba una escena distinta de su vida, como si las paradas fueran también paradas en su memoria.

En la siguiente estación se vio con el guardapolvo blanco en su primer día de primaria. La mochila era enorme y le llegaba hasta las rodillas. Recordó el miedo y la emoción de aquel día, el olor a lápices nuevos y la voz suave de su maestra dándole la bienvenida. En otra parada, la imagen era un día de verano: su familia reunida en el patio, el agua de la pileta salpicando, las risas mezcladas con el sol.

Cada estación parecía abrir una puerta invisible a su pasado. Algunos recuerdos eran luminosos, llenos de alegría. Otros le despertaban una nostalgia dulce, como el día en que aprendió a leer o la tarde en que se quedó a dormir por primera vez en casa de su abuela. El subte avanzaba, pero el tiempo parecía haberse detenido. Las luces del túnel se mezclaban con los recuerdos y Lila comprendió algo que nunca había pensado: aunque viajara sola, no estaba sola. Todo lo que había vivido seguía con ella, acompañándola en silencio.



Pensó en su abuela, en su voz tranquila, en el olor a vainilla que siempre había en su cocina, en la manera en que le decía que crecer no era dejar atrás las cosas, sino aprender a llevarlas adentro. Quizás eso era lo que le estaba enseñando ese viaje.

El subte siguió su recorrido, y poco a poco el vagón se fue vaciando. Afuera, el cartel de la última estación apareció por la ventana. Era su destino. Lila se levantó, se colgó la mochila y bajó del vagón. El aire era más fresco y tranquilo en esa estación. Subió las escaleras y al llegar a la salida, la vio: su abuela, esperándola con los brazos abiertos y una sonrisa que la hizo olvidar todos los nervios.

Lila corrió hacia ella y la abrazó fuerte. Por un momento no dijo nada, solo sintió el calor de ese abrazo y el corazón latiendo rápido, igual que cuando había subido al subte. Pero ahora era distinto: había algo nuevo dentro de ella, una confianza que antes no tenía.

Mientras caminaban juntas hacia la casa, el ruido del subte quedaba atrás, pero el viaje seguía adentro de Lila. Pensó en cómo al principio se había sentido sola y pequeña, y ahora entendía que no lo estaba. Llevaba consigo todos sus recuerdos, todas las versiones de sí misma que la habían traído hasta ahí.

Esa tarde, mientras su abuela preparaba las galletas de vainilla y el aroma llenaba la casa, Lila se dio cuenta de que el viaje no había sido solo un recorrido por la ciudad, sino también por su propia historia.



**Autoras: Pozo, Julieta y Balestrieri, Emilia**

United High School

[Volver al índice](#)

# Agradecimientos

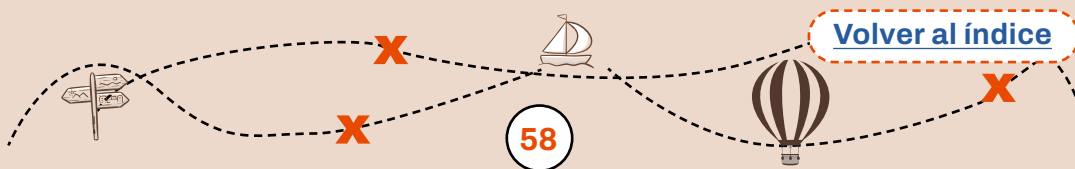
Desde el Plan de Lectura y Escritura BA queremos agradecer a todas las personas que, de una manera u otra, hicieron posible que hoy tengamos en nuestras manos esta antología.

A todas las instituciones que se sumaron al concurso y lo socializaron con la comunidad educativa.

A los docentes, bibliotecarios y profesores de la materia LEO (Lectura, Escritura y Oralidad) dependiente de Jornada Extendida, por su apoyo y por acompañar a los chicos y chicas en el proceso de escritura.

Al jurado: Marina Elberger, Hernán “Cucho” Cuño y Sebastián Vargas por leer, debatir y elegir los cuentos ganadores y los que recibieron menciones especiales.

Quiero expresar mi más sincero y profundo agradecimiento al **equipo del Plan** por llevar adelante esta tercera edición del concurso de escritura. Reconozco el enorme esfuerzo y la dedicación que supuso el armado del certamen, la comunicación constante con las escuelas, la elaboración y el trabajo en torno a las orientaciones que acompañaron la escritura de los cuentos, la gestión de la recepción de los relatos, la minuciosa lectura de cada obra y, finalmente, la compleja tarea de selección para arribar a los finalistas. Un reconocimiento especial también por haberse ocupado de cada detalle organizativo del memorable acto de premiación.



Mi gratitud se extiende al equipo coordinador de Jornada Extendida por el valioso trabajo compartido.

Y, por último, quiero destacar y agradecer especialmente a los chicos y chicas que se animaron a contarnos sus historias de viajes y a expresar, a través de sus relatos, tantas emociones que nos conmovieron enormemente.

¡Hasta el próximo concurso!



Santiago Santillán

**Coordinador  
Plan de Lectura y Escritura BA**

